

LA ESPAÑA QUE VIVIÓ ULLOA: LUCES Y SOMBRAS DEL SIGLO XVIII

Belén Fernández
Historiadora

En primer lugar, quisiera agradecer la oportunidad que se me ha brindado al invitarme a estas jornadas. Mucho más teniendo en cuenta que la ciudad donde nos encontramos tiene una buena cantidad de agradabilísimos recuerdos para mí.

Al hablar de Historia, sea cual sea la etapa de que se trate, siempre conviene recordar que los hechos no se dan en compartimentos estancos, si no que existen una serie de causas que unidas entre sí van siendo asimiladas por la circunstancia histórica, con peor o mejor fortuna, y que llevan al desencadenante de la revolución o de la crisis para luego asentarse nuevamente y hacer que los acontecimientos vuelvan a seguir, unas veces removiendo cimientos y otras (afortunadamente las menos) dejando que todo siga por sus anteriores derroteros.

Y si también es muy cierto que la historia va repitiéndose de una forma u otra, no lo es menos que determinados hechos históricos son únicos y como tales actúan, quiero decir que la originalidad de las bases ideológicas es lo que, a mi entender, refuerza en mayor o menor grado la importancia de los períodos históricos.

No existen, o así me lo parece, por tanto, siglos estancos, siglos que sean de por sí especiales sólo por un hecho cronológico. Es decir, la visión de siglo que tenemos como seres finitos -100 años de una fecha a otra- nada tiene que ver con la visión eterna de la historia, lo habitual es que un siglo comience, en realidad, alrededor del último tercio del anterior...

Sin embargo, este siglo XVIII español resulta bastante especial en este sentido debido a una serie de coincidencias curiosas, de las cuales, la primera es el nacimiento de dinastía precisamente el mismo año de nacimiento de centuria.

Y si nunca es fácil dar una visión completa de un siglo en unos pocos minutos, lo es mucho menos si nos referimos a un siglo tan especial como lo fue este, llamado de las luces, en el que los cambios más profundos se sucedieron con una rapidez vertiginosa, a la vez que luchaban contra las ideas más arraigadamente establecidas.

Como en la pintura, las sombras son lo que en este siglo va a hacer que las luces resalten, brillen. El espectador quedará impresionado primero por lo oscuro para más tarde deslumbrarse con los focos de luz que toman su valor de esa oscuridad.

No es el siglo XVIII español una muestra de tranquilidad y pacifismo, tampoco una línea recta. En rigor, habría que comentar con profundidad los numerosos conflictos bélicos en los que, unas veces por intereses propios y

otras por dejadez e influencias extranjeras España fue entrando.

La política española del siglo no fue tampoco algo lineal; más bien fue un continuo bamboleo entre los intereses europeos y atlánticos. A veces por capricho del monarca correspondiente, otras por ideología del ministro de turno y las más por intereses económicos y hegemónicos. Aunque hay que destacar que las grandes expediciones, todas ellas científico-políticas o político-científicas, al Nuevo Mundo, fueron realizadas en este siglo.

El carácter español, además, no olvida fácilmente el pasado y mucho menos si éste fue brillante. Y el pasado en España había sido deslumbrante durante mucho tiempo. El cambio de dinastía, y el deseo de volver a tiempos mejores, hicieron que el siglo fuera un ejemplo de lucha a muerte por conseguir el estatus pasado.

Las ideologías también cambiaban, a un ritmo más o menos lento que tuvo su apogeo en el reinado de Carlos III, el más luminoso, si cabe, de los que se sucedieron en el siglo. Pero debajo de las nuevas ideas, como veremos, seguían latiendo muy arraigadas, las antiguas... Es el destino de un carácter que se ha destacado siempre por remendar lo viejo con lo nuevo y nunca construir sobre novedades.

Con Felipe V llega a España la novedad: en siglo y en dinastía. Felipe viene de Francia, país vecino, pero que en nada se parece al nuestro. La novedad es recibida con agrado, sí, además tenemos en cuenta la situación que habían dejado los Austrias al final del siglo anterior.

Las crónicas, más o menos históricas, nos presentan al nuevo monarca como un ser lujurioso primero y luego desaliñado, caprichoso e incluso sucio; pero esto será al final de su vida, cuando sus manías acaban con la instalación en la Corte de un castrato (Farinelli) que le cantará por las noches para hacerle dormir, noches que eran días, porque el soberano llegó a perder completamente el sentido del tiempo...

Pero es de justicia decir que, con Felipe V, a pesar de la sucesión de conflictos en los que España se vio involucrada, también estuvo a punto de rozar las anteriores glorias. Además el monarca y sus ministros, durante los primeros años emprendieron una gran tarea de racionalización y unificación que perduró durante el siglo y que fue capital para nuestra historia.

Como siempre, las instituciones recién creadas tuvieron que convivir con las antiguas, lo cual originó una gran confusión, pero las funciones quedaron clarificadas y la administración fue ágil y eficaz.

Con la llegada de Felipe V tenemos ya, júzguenlo ustedes, un primer viso de Ilustración en España. Me refiero al caso de Macanaz, ministro al que el Rey pide una memoria acerca de las ventajas del Papado sobre la Corona, memoria que le llevará al tribunal de la Inquisición y de allí al exilio. Macanaz, como hombre ilustrado, dice su verdad sobre la situación y se enfrenta a las fuerzas de la época, Roma y la Compañía de Jesús.

A partir de 1716 es cuando la política española se orienta hacia Italia. Parece que debido al segundo matrimonio del Rey con la parmesana Isabel



Felipe V, por Julián García Condoy. Óleo sobre tabla, de 23x15 cm. Siglo XX.
Museo Naval de Madrid

de Farnesio, aunque tal vez fue al revés: el matrimonio se hizo precisamente por el interés que despertaba Italia.

Es el ministro Julio Alberoni el primero con el que el Monarca cuenta para el nuevo giro del Gobierno. Alberoni, un intrigante por naturaleza que pasó de monaguillo a cardenal, astuto como él solo, puso su mirada en Italia y al ponerla hizo que el Rey se casara con Isabel, todo esto, ayudado por la princesa de los Ursinos. Así Felipe casará con la italiana, de la que cuentan «su trono fue el tálamo», aunque no es momento para secretos de alcoba. Sea como fuere, el Rey se dejó guiar por Alberoni y por su política.

Fue firmado un tratado con Holanda e Inglaterra y se concedieron a ésta algunas ventajas comerciales en América. Entre tanto el Papado veía con buenos ojos la idea de una posible cruzada antiturca; pero el Ejército, preparado por Patiño, iba a tener otra finalidad. En 1717 zarpó la flota, desembarcando en Cerdeña y apoderándose de la isla; más tarde cayó Sicilia, y con esto España demostraba su poder. En este momento las potencias reaccionaron y la flota inglesa atacó a la española sin previa declaración de guerra. Se formó la Cuádruple Alianza (Austria, Francia, Inglaterra y Saboya). Entretanto Alberoni intentaba formar coalición con Rusia y Suecia para fomentar rebeliones contra Inglaterra. El resultado fue la destitución de tan agudo ministro y el abandono, por parte de las tropas españolas, de las dos islas con la firma del Tratado de Cambrai por el que los ducados de Parma y Toscana serían para el príncipe español D. Carlos, hijo de la parmesana.

Tras estas incidencias el Rey decide sustituir la guerra por la diplomacia, y aquí es la Reina quien tiene el papel preponderante al llevar a cabo, con ayuda de los políticos, las relaciones diplomáticas que su marido aborrecía.

En 1724 y del modo más inesperado, Felipe V abdica en su hijo Luis. El nuevo rey tenía 17 años y era muy inexperto y apocado, sus padres se retiraron a la Granja y en torno al nuevo monarca se intenta fraguar un círculo tendente a renovar la monarquía por medio del alejamiento de la férula paterna. Concretamente, se pretendía fortalecer la política tendente a América y al Atlántico, olvidando la italiana. De este modo se esbozaba la tendencia histórica que cuajaría más tarde.

Pero Luis I resultó ser un rey brevísimo, siete meses de reinado. A la muerte del soberano, Felipe V, fuera de la ley, pero con sentido común, recuperó las riendas del poder.

Cabía esperar en este momento una reanudación de la política anterior, pero contra ello, el Monarca sigue la tendencia insinuada durante el reinado de su hijo, tendencia que se extenderá desde 1725 hasta 1748.

Las miras son ahora más españolas y los ministros son, también en su mayoría, españoles. Hay que destacar entre ellos a Patiño (político, diplomático, administrador, economista y hombre práctico), José del Campillo (hacendista y funcionario, de alto sentido común) y Zenón de Somodevilla, más tarde marqués de la Ensenada (político de grandes ambiciones exteriores, organizador del Ejército, pero también un magnífico planificador de la

economía y en particular del comercio mercantilista).

Con esto España comienza a reconstruirse interiormente y cuenta de nuevo entre las potencias mundiales, la política exterior se balancea entre los intereses atlánticos (América, la marina, el comercio...) y el italiano.

Puede decirse, y muchos historiadores así lo hacen, que a partir de 1725 tiene lugar un segundo descubrimiento de América. Fue Patiño, entre otros, quien comprendió las posibilidades del comercio en el Nuevo Mundo, de allí podían llegar a España multitud de artículos ultramarinos (café, cacao, tabaco, azúcar...) que no se daban en Europa. Su venta produciría beneficios a los indios que así podrían comprar otros productos a Europa y España sería la intermediaria de este tráfico.

Este mismo año se funda la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas, a la que siguieron otras como la de Filipinas o la de Barcelona. En 1726, para mantener la seguridad de las rutas se erigieron las tres grandes bases navales de Ferrol, Cádiz y Cartagena. En estas bases se forman los guardiamarinas, de los que empieza a brillar un interés científico y práctico. De aquí saldrán Jorge Juan y Antonio de Ulloa para formar parte de la comisión encargada de medir un arco de meridiano, así como ilustres marinos de finales del siglo que capitanearían otras expediciones o defenderían a España en Trafalgar.

Esta atención a América provocó recelos de Inglaterra, lo que desembocó en una pequeña guerra sin grandes repercusiones.

En 1728, con la presencia de España en Soissons, cambian de nuevo las directrices de la política durante unos años. En 1729 Felipe V concertará el matrimonio del príncipe heredero, Fernando, con la duquesa Bárbara de Braganza, reconciliándose así después de 90 años con Portugal. Poco después se firmaba un pacto contra Austria entre España, Francia e Inglaterra.

En 1734, nueva guerra, la de Sucesión de Polonia. España aprovecha la oportunidad para luchar contra Austria ayudando a los franceses, y con ello se firma el primer Pacto de Familia. Austria invade Polonia, y Francia comprende que proseguir la guerra es hacer el juego a España, de modo que buscó como arreglo la Paz de Viena en 1735. Por este documento, Nápoles y Sicilia pasaban al príncipe D. Carlos (con lo que respiraba tranquila Isabel de Farnesio), pero le eran negados los ducados de Parma.

Con ello, nuevo giro de la política. Se volvía a desentender España de Europa para mirar al Atlántico.

Es en estos años, 1734, cuando la Academia de las Ciencias de París, remite, para que lo eleven a Patiño, un memorial acerca de la medición de un arco de meridiano en América, en el que *«sólo piden a la Corte de España órdenes para que los gobernadores de Sto. Domingo, Portobelo, Panamá, Quito y los demás de América protejan y favorezcan una empresa tan útil y para que estén libres de sospechas que puedan solicitar alguna introducción en el comercio u otras perjudiciales a los intereses de España...»* España aprovecha la ocasión para enviar a dos personas "inteligentes" a la empresa, ¿con qué finalidad?, esto lo dejo a los expertos. Aunque está claro que el

interés de España en América era, bajo apariencia científica, sobre todo comercial, lo que no resta interés a la empresa científica ni a la labor de los dos elegidos: Jorge Juan y Antonio de Ulloa.

En 1738 se crea el nuevo virreinato de Nueva Granada, que supuso un reconocimiento de la revalorización estratégica y económica de la zona del Caribe.

Toda esta preocupación por el Atlántico tuvo como consecuencia el enfrentamiento con Inglaterra, efectivamente los roces surgieron, pero las rutas de América pudieron ser conservadas.

La tentación mediterránea volvió a acuciar a Felipe V, esta vez de nuevo Italia era el blanco de su punto de mira, con motivo de la guerra de Sucesión de Austria que comenzó en 1741. De aquí surgió una nueva alianza con Francia con el propósito de conquistar Parma y el Milanesado y, en 1745, los españoles entraban en Milán con lo que se reconstruía nuevamente el patrimonio monárquico.

Pero una vez que la emperatriz María Teresa se vio afianzada en el trono de Viena, los ejércitos imperiales dejaban de nuevo a España con su patrimonio mermado.

Felipe V moría en una situación desoladora tanto física como psíquicamente y Fernando VI no parecía sentir atracción alguna por Italia, de modo que proyectó abandonar la guerra y seguir con el bamboleo hacia el Atlántico. Es entonces cuando se empieza a descubrir seriamente que es más importante centrarse en el Nuevo Continente que seguir intentando poseer el Viejo Mundo.

De este modo, en la mitad del iluminado siglo XVIII es cuando realmente se hace la luz sobre América más que sobre Europa.

Fernando VI no era un hombre de gran talento, pero sí fue lo suficientemente prudente para rodearse de políticos con gran sentido común, además de tener un amplio sentido de la responsabilidad real, desarrollado tal vez por el poco deseo de su madrastra de verle en el trono. Lo que sí es cierto es que se puede decir que con su reinado en España se vieron doce años de prudencia.

Elevó al Ministerio de Estado a un eficaz colaborador: José de Carvajal, que ocultaba gran talento y sentido común. Allí seguía activamente, aunque más arrinconado, Ensenada. Carvajal era partidario de la diplomacia y Ensenada de la paz armada, pero las dos posturas tenían el mismo fin: la conservación de las Indias por medio del equilibrio.

Estos dos políticos simbolizan la España de mitad de siglo. Era la síntesis histórica entre lo viejo y lo nuevo, la renovación tranquila sin revolución.

En 1745 muere Carvajal, momento en que Ensenada da un paso en falso que le cuesta la destitución. Desaparecieron a la vez dos políticos de máxima importancia para el reinado de Fernando VI. Pero se mantuvo el neutralismo hasta puntos extremos. Wall, sustituto de Carvajal, llegó al punto de desentenderse militar y diplomáticamente de una de las mayores guerras del siglo,



Fernando VI en su época de Príncipe de Asturias, por Jean Ranc.
Óleo sobre lienzo. 104x84 cm. Siglo XVIII. Museo Naval de Madrid

la de los Siete Años. Lo grave de esto es que las posesiones americanas se encontraban totalmente desprovistas de medios defensivos.

Los últimos años del reinado de Fernando VI, desde la muerte de Bárbara de Braganza, fueron de total oscuridad. Lo que pareció una postura neutral y prudente se convirtió en absoluta abulia y dejadez, la deuda del Estado aumentó, y cuando el Rey muere en 1759, España vive en paz, pero su situación es precaria.

Fernando VI no dejaba hijos, lo cual sería, según las malas lenguas, la delicia de la de Farnesio, ya que su hermanastro Carlos (hijo de ésta) era el siguiente en la línea sucesoria.

Carlos III era ya rey de Nápoles y su llegada supone la de las luces en el más amplio sentido, por las repercusiones ideológicas y sociales que su política va a representar. Era el carácter opuesto a su hermano, activo y audaz, además buen amigo de Ensenada.

Ensenada era un técnico y un reformador de la economía política y de la administración pública. Dedicará sus mejores esfuerzos a la Hacienda Nacional, fomentando las fuentes de riqueza, y conseguirá multiplicar los ingresos sin aumentar los impuestos. Un dato gráfico: se consiguen ingresos por valor de 360 millones de reales frente a los 280 millones que se alcanzaron en años anteriores.

El pensamiento de Carlos III al llegar a España no debió de ser muy halagüeño para el país, «Pocos cumplen su obligación» - dijo - «pues todos piensan pescar en turbio». La Reina tampoco pareció muy emocionada cuando vio la suciedad externa de Madrid.

El contraste con su hermano lo demuestra el Rey nada más llegar al trono, poniéndose él mismo y poniendo a todos a trabajar con dedicación exclusiva. Mantuvo a la mayoría de los ministros del reinado anterior, pero imprimió nuevas directrices, sólo destacará el innovador Esquilache.

Las primeras medidas de gobierno (después de levantar el destierro de Ensenada y liberar a Macanaz) fueron convocar Cortes para jurar al futuro Carlos IV como Príncipe de Asturias y mandar que se pagasen todas las deudas contraídas por sus predecesores, incluidas las de la dinastía anterior. Perdonó a los colonos sus deudas al Estado y comenzó la dirección de la reforma urbanística de Madrid.

En política exterior, entre 1761 y 1770, Carlos III no se deja dominar por Francia, e intenta resolver la decadencia material de España abriendo caminos y protegiendo y fomentando la industria para no facilitar materias primas al país vecino.

En 1760 comienzan las reformas más enérgicas de la Hacienda, que debe afrontar la tensión bélica internacional. Para mantener la unidad del imperio hispanoamericano se ve la necesidad de reemprender el armamento naval, para lo cual fue necesario forjar una escuadra poderosa y mantener un gran número de navíos.

Toda la política exterior estará dirigida bajo un signo defensivo, vigilar y sobrellevar a los ingleses y hacer durar la paz lo más posible; abastecer las

plazas y puertos de las Indias y aumentar el poder de la escuadra española. La intervención en la guerra de los Siete Años fue provocada por Francia, las relaciones hispano-inglesas son cada vez más desastrosas y se firmó el Tercer Pacto de Familia por el que España auxiliaría a Francia bajo determinadas situaciones. La contienda llegó en seguida y los franceses perdieron prácticamente todos los territorios ultramarinos, España, la Florida y la costa norteamericana hasta el Misisipí, pero recibía de Francia la Luisiana. El Pacto de Familia tuvo, esta vez, consecuencias ideológicas muy fuertes. Comenzaba la apertura hacia los Pirineos.

En este ambiente de reforma surge el motín de Esquilache: el marqués de Esquilache era impopular, aunque sólo fuera por su condición de extranjero, la Guerra de los Siete Años, la pérdida de la Florida, la firma del Pacto de Familia por Grimaldi (otro extranjero), se unió a cuatro años de sequía y malas cosechas. Estos eran los precedentes. Los hechos, simplemente, la resurrección de la orden, que prohibía llevar sombreros chambergos y capas largas así como el uso de armas. Carlos III no quiso enfrentarse con el pueblo y tuvo que aceptar sus exigencias; Aranda hábilmente apaciguó la situación y anuló las concesiones hechas por el Rey. La historiografía actual enfoca el problema como una tentativa abortada de contrarrevolución. De cualquier modo, el motín supuso una fuerte conmoción en el reinado de Carlos III.

Tras el motín surge la campaña antijesuítica dirigida en unos casos y consentida en otros; pero acordada por todos los miembros del Gobierno. Otra de las grandes sombras del siglo, porque entre los expulsados hubo hombres de gran prestigio cultural como Masdeu, Eximeno, Arteaga o el padre Isla.

En lo comercial, la gran medida fue el decreto que suprimía el monopolio del tráfico con las Indias, hasta entonces adscrito a Cádiz; con él se abrían puertos en toda la Península y se establecía la libertad de comercio. El comercio con América se cuadruplicó y contribuyó al desarrollo de las clases burguesas.

En cuanto a las ideas, ya hemos visto que fue en el reinado de Carlos III donde dieron un tremendo giro. Hay que decir que las ideas ilustradas fueron, en general, todas ellas importadas de Europa, en especial de Francia. Así, las ideas enciclopedistas encontraron en España las más variadas reacciones según quién las recibía.

Las opiniones tienen un amplio colorido, desde la conservación a la innovación. España ha logrado rehacerse en todos los sentidos; pero el carácter español no ha decaído y la disociación de las conciencias será más adelante la responsable de los destinos del país.

En los últimos años de reinado de Carlos III hay una reactivación de la política atlántica. Las preocupaciones siguen siendo el control y defensa de las Indias, el rearme naval y el comercio trasatlántico. De esta defensa se encargarán Grimaldi y Aranda, dos personalidades distintas. España logrará un desquite de la guerra de los Siete Años con una victoria sobre Inglaterra que disminuirá el poderío de ésta sobre el Nuevo Mundo.

En el sentido atlántico, hasta 1763 el centro de atención en América se encontraba en el seno antillano, de donde llegaban los principales productos comerciales y también la tensión, ya que los ingleses ejercían por allí su contrabando. A raíz de la Paz de París el centro de gravedad se desplazó hacia el sur, revalorizándose la zona del río de la Plata, los ingleses ocuparon las Malvinas y la tensión llegó a ser enorme.

la Paz de Versalles señala en 1763 el mayor poderío de España en América, y, de hecho, a partir de esta fecha aparecen otras grandes expediciones científicas y políticas instigadas por España y seguidas por otros países. Esto, de todos modos, no va a durar mucho tiempo.

En 1788 comienza el reinado de Carlos IV y meses más tarde estalla la Revolución Francesa, lo que hace que España dé un giro a su política para centrarse en asuntos europeos.

Carlos IV y Floridablanca estaban dispuestos a continuar la política anterior, pero la Revolución Francesa llenó de estupor a España ya que no se sabía hasta dónde podían llegar los hechos. Se organizó el cordón sanitario en los Pirineos, con la esperanza de que el contagio ideológico no traspasara las fronteras. Los hechos siguientes hicieron que Floridablanca perdiera su puesto y se viera sustituido por Aranda. Cuando en 1792 estalló la 2.^a Revolución Francesa, toda la política apaciguadora de Aranda quedó en entredicho y a fines de año fue destituido. Su sustituto es uno de los más controvertidos personajes de la historia de España: desconocido en política, Manuel Godoy era un joven guardia de corps que llegó a las más altas dignidades del Estado. Se han barajado múltiples razones para tan rápido encumbramiento, pero no vienen al caso, aunque son merecedoras de profundizar en ellas.

Lo que sí fue Godoy es un ilustrado o, al menos, fueron las ideas ilustradas las que le convencieron, gran admirador de las ideas de Jovellanos, buen coleccionista de excelentes obras de arte y lector de todo aquello novedoso que caía en sus manos, era ambicioso e intrigante, pero inteligente y con grandes dotes para el gobierno; con él se crearon grandes centros de enseñanza, pero su ilustración no llegó al enciclopedismo.

La política de Godoy fue controvertida, como él mismo lo fue. Lo que sí es cierto es que se crearon una serie de desaciertos que al fomentar el descontento iban favoreciendo la revolución en España. Lo cual llevó a que el siglo se cerrara peor de lo que empezó.

Sería interesante profundizar más en este tema, pero Carlos IV y Godoy y las consecuencias de su política nos llevan a otro siglo, y eso no es tarea nuestra en este momento.

Sin embargo, antes de seguir adelante con otras características de este siglo, sí creo imprescindible, dado en contexto de este coloquio, comentar someramente la situación de las Indias ilustradas.

La conquista estaba hecha y el contingente humano en América era, cada vez, más numeroso. Ya hemos visto que a España le preocupaba el problema

americano, consciente como era de la gran fuente de riqueza que poseía al otro lado del Atlántico, cuando no era un monarca era otro, o si no un ministro, quien se ocupaba de enterarse acerca de los intereses lejanos.

Curiosamente, tanta riqueza de España supone una de las mayores sombras de la época de las luces. Se tenía todo, pero no se sabía casi nada, ni se actuaba para remediar el abandono.

La teoría estaba servida: una medición de arco de meridiano, una expedición científica, botánica o antropológica, eran buenas disculpas para tener noticias de las Indias, el Monarca y sus ministros quedaban tranquilos, convencidos de que con esto era suficiente para mantener la situación.

En realidad fueron los hombres de «a pie», o mejor dicho de «a barco» quienes avisaron continuamente en sus escritos sobre el Estado de allá al Estado de acá.

Jorge Juan y Antonio de Ulloa escriben, con motivo de la medición del arco del meridiano, las *Noticias Secretas*, dando una idea basada sobre lo vivido de la situación americana. Y esas noticias serán publicadas y estudiadas bastantes años más tarde.

Alejandro Malaspina, desde sus *Axiomas Políticos*, también se queja de la situación. Pero parece que nadie escucha o lee lo que cuenta.

Y así podríamos seguir horas, preguntándonos por qué España no hacía nada.

La idea general de los expedicionarios (sean del tipo y de la nacionalidad que sean) es que América estaba mal organizada y abandonada a sí misma.

¿Por qué este desinterés? Quizá porque en un principio había otros problemas más acuciantes, tal vez porque todo resultaba tan lejano que sólo bastaba con mantener vivo el comercio, que era el interés más inmediato.

Y la culpa no parece que fuera de los que estaban allí, no hay que olvidar que durante el reinado de Carlos III, hubo en las Indias buenos virreyes (pensemos en Revillagigedo o Buccarelli) preocupados por la situación y dispuestos a facilitar la tarea a España.

Pero tal vez a España le preocupaba más la riqueza inmediata. Tal vez, como ocurre frecuentemente, los españoles pensaban que América no era otra cosa una fuente de riqueza que se mantendría por sí misma.

La conclusión de esta situación de abandono fue que las Indias siguieron siendo la mina de oro de la Hacienda española; pero de tanto dar sin recibir a cambio acabarían por adquirir una propia identidad y ya no servirían más a la Corona española.

Pero el siglo XVIII no fue sólo política, fue, además y sobre todo crecimiento cultural, cambio artístico y literario.

No hay que olvidar que, a pesar de la sombra de la censura inquisitorial, fue en la centuria cuando se dio el más amplio crecimiento de la prensa y las letras. Este hecho es más importante en tanto en cuanto, sobre todo a principios de siglo, no eran muchos los españoles que podían leer una obra literaria, ya fuera por analfabetismo ya por una escasez de ejemplares (que fueron creciendo con el siglo).

En este sentido es fundamental y decisivo el programa político de educación que fue creciendo con la centuria. Se crearon las Sociedades Económicas de Amigos del País, las Escuelas Patrióticas para niñas... y también se comenzó un asomo de normalización lingüística.

Fue en época de Carlos III (ya hemos visto que parece el rey más ilustrado de los que desfilaron por el trono español) cuando se produjo el primer «Reglamento de las escuelas de las primeras letras», en el que se recordaba que «los padres de familia tendrán la obligación de hacer asistir diariamente a sus hijos a la escuela».

Junto a esto también crecieron los seminarios y universidades.

Pero, a mi entender, lo que más provocó el crecimiento cultural, o lo que, en todo caso, puso las verdaderas guías para que la cultura creciera, fue la institución de las tertulias caseras. Si bien esto no es invento del siglo, sí podemos decir que se establecieron con una periodicidad.

Las tertulias eran lugar de encuentro para hablar y opinar de todo lo que sucedía en el país, desde política a literatura, pasando por la ciencia, eran, podríamos decir, el nacimiento de la opinión pública. En ellas se comentaban los acontecimientos y de ellas salían los distintos tipos de prensa que favoreció el siglo (clandestina o no) y que más tarde era leída y comentada por los contertulios.

Pero, como el siglo, la tertulia tuvo también sus sombras. Junto a la tertulia erudita, elitista, se creó otra muy distinta que era más de juego y diversión, en la que no se mostraba el más mínimo asomo de interés por la cultura.

Sea como fuere, triunfó la luz y de la tertulia erudita surgieron las academias y la prensa de la época.

Ya hemos dicho que la prensa sobrevivió pese a la censura inquisitorial. El hombre realmente ilustrado no se dejaba vencer por la censura, de tal modo que, si se revisan (aunque sea someramente) los listados de prensa del siglo, además de encontrarnos ante un vertiginoso crecimiento de nuevos periódicos y folletos, también nos encontramos ante un resurgir continuo de aquellos que van siendo suspendidos por la censura y de una infinidad de títulos que intentaron ver la luz, pero que se vieron abortados por la inquisición.

Es este crecimiento el que importará de Europa las tendencias filosóficas, artísticas, literarias y, me atrevo a decir, sociopolíticas.

Además, y diría que debido a este florecimiento de la opinión, en el siglo XVIII español se prodigan las instituciones culturales y científicas y se produce un amplio crecimiento de los estudios acerca de cualquier tipo de materia. Los españoles comienzan a ser enviados al extranjero por el Rey para estudiar tanto cartografía como farmacia, botánica, medicina, astronomía, etcétera.

En cuestión de viajes, además, ya hemos visto la gran importancia de las expediciones científicas (que en la mayoría de los casos eran, como hemos observado, más políticas que otra cosa) pero que de cualquier modo sacaban a España de sus fronteras haciendo más amplia y abierta su mentalidad, consi-

guiendo que en ella, a causa de los escritos de tantos y tantos hombres expedicionarios, vieran la luz la nueva cartografía, la nueva botánica y la nueva astronomía.

Pero el resultado de todo este ir y venir no se reduce a memorias y diarios de viaje, sino a verdaderas bibliografías monográficas de Medicina, Farmacia, Botánica, Química, Cosmografía, Astronomía, Geografía e Historia.

Con esto creció el mundo editorial. La primera cuestión que llama la atención en este sentido es la continua evolución de la mejora de la industria editorial, y de nuevo será Carlos III quien ayude a la introducción de estas mejoras, haciendo que los impresores, inspirándose en los mejores modelos europeos, fundan nuevos tipos de letras más finas y estilizadas, más estéticas.

También tiene lugar, en estos años, la modernización de la industria papelera, sobre todo en Cataluña, de modo que, poco a poco el papel dejará de importarse del extranjero para ser fabricado en España.

Si a todas estas novedades añadimos las mejoras de la encuadernación, podemos decir que España se puso a nivel europeo en lo que a edición se refiere.

Otra revolución importante en este campo fue la aparición del libro de bolsillo, formato que se utilizaría sobre todo para novelas, libros de piedad y guías y almanaques.

La naciente prensa periódica se editaba en cuarto o en octavo.

Pero aún hay más novedades editoriales: Carlos III para proteger el arte de imprimir y el comercio librero, firmó un real decreto por el que quedaba abolida la tasa de los libros a fin de que se pudiesen vender con libertad de precio, se exceptuaban aquéllos considerados «indispensables para la instrucción del pueblo» como el *Espejo de cristal fino y antorcha que aviva el alma*, del sacerdote gaditano Pedro Espinosa, el *Catón cristiano*, la cartilla y doctrina Cristiana y los catecismos de Ripalda y Astete.

Además existe una preocupación por el depósito legal: se decretaba que ningún libro podía ser vendido si no era depositado antes en la Real Biblioteca... Medida que, a pesar de no ser llevada a cabo con rigor, debemos agradecer profundamente todos los que nos dedicamos a la investigación histórica de este siglo.

Muy importante es hacer una mención a la censura, cuyo nacimiento arranca de la Pragmática de 8 de julio de 1502 dada en Toledo por los Reyes Católicos.

El procedimiento de la censura civil era severo: todo autor que quisiera imprimir un texto debía entregar el original manuscrito en la Oficina del Juez de Imprentas, el cual nombraba un censor según las materias. En los primeros años de siglo era habitual que el autor eligiera su propio censor. De todos modos, existían dos normas supremas de censura: el respeto a la religión católica y a las regalías de las Corona. Más rigurosa y científica era la censura de Colegios, Academias y Sociedades Económicas, que no sólo se basaba en cuestiones de rigor moral y científico, sino que también daba una gran

importancia a la calidad estética de lo que se quería publicar.

A finales de siglo la preocupación mayor de la censura será el contagio moral y político debido a la cruenta Revolución Francesa; pero hay que decir que los traductores, en sus prólogos, procuraban por todos los medios posibles despistar a los censores; de este modo pudieron ver la luz obras como *Pamela Andrews*, *Clara Harlowe*, *La Historia del Caballero Richardson* o *Pablo y Virginia*.

Todo esto hizo surgir una gran demanda social de cultura impresa que se traducirá en la formación de bibliotecas y en la traducción de obras literarias.

Lo que Aguilar Piñal llama la «cultura del papel impreso» va a ir unida un aumento de la alfabetización, a la mejora de la información y aún sentido cosmopolita de la vida que ampliará el horizonte científico y literario.

Además de las obras de venta habitual como el Catón y los libros del santo, La Hermandad de San Jerónimo (de mercaderes de libros) publicó una edición del *Quijote* (obra muy valorada en la época) y otra de *La Galatea*, las *Novelas ejemplares*, y amorosas de María de Zayas, y costeó libros jurídicos, históricos o lingüísticos. Sin olvidarse de los científicos, como la *Aritmética* de Pérez de Moya y la *Agricultura* de Alonso de Herrera.

Pero las ediciones más repetidas seguían siendo las de tema religioso.

Además de la literatura en sí, ya sea de obras originales, traducciones o la famosa de cordel, van creciendo en el siglo los escritores de todo tipo: aumentan los trámites legales con el funcionamiento de la nueva Administración Pública, que todo lo quiere por escrito, los expedientes y los archivos crecen, pero esta exactitud de la que ahora gozamos, entonces se traducía en lentitud...

En lo que al Arte se refiere, también cambiará la idea estética, pero nunca hubo en la historia una época tan influida por las ideas como lo fue este siglo iluminado. La obsesión por la razón y la estética toman cotas insospechadas (tanto a nivel teórico como práctico). El arte se valora en tanto en cuanto supone buen gusto.

Atrás queda el barroco recargado, para dar paso a dos tendencias distintas pero unidas entre sí: el rococó es la flor del arte de la primera parte del siglo, importado de Francia, donde se han ido abandonando las austeras ideas absolutistas, el rococó da paso a un estilo artístico vitalista, en el cual ahora vale lo bello y lo terreno por encima de lo espiritual, comienza la fresura, la alegría de vivir y se refleja en la pintura y en la escultura tanto como en la ornamentación de los edificios. La razón comprende que lo bello y lo alegre es bueno, que todo lo que se goza es lícito, y lo lleva al arte.

Pero pasada esta primera mitad del siglo se vuelve la vista a lo clásico, sin olvidar lo bello. Y esto bello se encuentra en la pureza de las líneas griegas y romanas, en el dibujo limpio (todo el que aspira a ser artista, sea escultor, pintor o arquitecto, estudia dibujo, hay un verdadero *over boocking* de dibujantes). La pureza de líneas se impone al ornato y se busca el camino de una nueva estética más limpia y racional.

Y todo esto, política, arte, literatura, en este siglo, es fundamentado sóli-

damente sobre la filosofía, sobre la forma de pensar del hombre de la época. El cambio no hubiera sido posible sin un cambio de mentalidad en los hombres ilustrados. Y si es verdad que fue en Europa donde surgieron las ideas más novedosas, también se hace necesario decir que el ilustrado español supo, a pesar de sus propias contradicciones, llevarlas a su terreno con una gran capacidad de asimilación. La libertad de pensamiento fue una obsesión en la época, como hemos visto, pero también lo fue la preocupación por lograr que el pueblo tuviera una educación y que todo lo nuevo le llegara.

La filosofía del momento es muy rica y en el fondo de todas las discusiones aparece el conocimiento de las tendencias, tanto actuales como antiguas. Se estudia a Aristóteles, pero no se olvidan otros filósofos recién nacidos como Condillac o Beaumarchais, y los típicamente ilustrados (Diderot, Voltaire, Rousseau).

La idea de belleza como bien universal será ampliamente estudiada y debatida, así como las ideas estéticas y de goce vital. Todo ello unido al racionalismo, va a provocar una forma de pensar que se convertirá en forma de vida y llevará a un replanteamiento total en todos los campos del saber. No es, pues de extrañar, que este siglo diera personajes tan importantes como Antonio de Ulloa, que hoy nos ocupa, como Jorge Juan, o como tantos y tantos hombres más o menos anónimos que supieron dejar, siendo o no españoles, y siempre desde España, un legado apasionante para el estudio.

Quisiera terminar esta visión de un siglo tan apasionante con una frase que ha llamado mi atención en estos días:

«¿Y quién será tan ciego que no conozca la ilustrada ilustración de este ilustradísimo siglo?»

BIBLIOGRAFIA

- AGUILAR PIÑAL, F.: *Introducción al siglo XVIII*. -Madrid: Júcar, 1991.
- AVILÉS FERNANDEZ, Miguel (et al.): *Carlos III y el fin del Antiguo Régimen*. -Madrid: EDAF, (S.F.).
- CERVERA PERY, José : *La Marina de la Ilustración*. Madrid: San Martín, 1986.
- HERR, Richard: *España y la Revolución del Siglo XVIII*. Madrid: Aguilar, 1990.
- LAFUENTE, Antonio y MAZUECOS, Antonio: *Los Caballeros del Punto Fijo*. Madrid: Serbal, 1987.
- RAMOS GÓMEZ, Luis J.: *Las Noticias Secretas de Jorge Juan y Antonio de Ulloa (1735-1745)*. Madrid: CSIC, 1985.
- SANZ, Blanca y MANFREDI, Darío: *Alejandro Malaspina: La América Imposible*. Madrid: Compañía Literaria, 1994.